

LA SABIDURÍA COMO CULMINACIÓN DEL DESEO Y DEL AMOR EN SAN BERNARDO Y SAN BUENAVENTURA

IGNACIO VERDÚ BERGANZA
Pontificia Universidad Comillas
Instituto de Humanidades Francesco Petrarca, Madrid

RESUMEN

Este artículo pretende reivindicar la figura de San Bernardo y San Buenaventura como profundos filósofos, comprometidos con la Verdad y el Bien; así como subrayar el valor que le dan a la sabiduría, como fin y al amor, como única vía que conduce a la meta.

Palabras clave: Amor, sabiduría, S. Bernardo de Claraval, s. Buenaventura, humildad, felicidad, fe, esperanza, “conócete a ti mismo”.

ABSTRACT

This article aims both to vindicate the role of St. Bernard and St. Bonaventure as serious philosophers, engaged with the truth and the good, and to underline the value they give to wisdom as an end and to love as the only path leading to the desire goal.

Keywords: Love, wisdom, S. Bernard of Clairvaux, S. Bonaventure, humility, happiness, faith, hope, “Know yourself”.

“La instrucción crea doctos; la afeción sabios”¹

“¿Es que ignoras, alma, que tu esposo, autor de todo, te ha creado tan noble y delicada que no puedes existir sin amor?”²

“Dios es amor y nada creado puede colmar a la criatura hecha a imagen de Dios, sino Dios Amor”³

Abordar este asunto, el de la relación entre deseo, amor y sabiduría, es, sin duda, una tarea extremadamente ambiciosa. Sin embargo, en verdad, no pretendo zanjar la cuestión, ni alcanzar la total claridad sobre este campo, terreno de tantas batallas. Tan sólo quiero mostrar el valor y la extraordinaria actualidad del asunto, y, en concreto, de lo defendido por dos hombres que se declararon ardientes amantes de la verdad. *“Un alma que desconoce la verdad no podemos decir que vive, sino que está muerta; y carece también de sensibilidad si no posee el amor. La vida del alma es, pues, la Verdad; y su sensibilidad el amor”*, decía San Bernardo de Claraval⁴.

Para los historiadores de la filosofía bien conocido es el debate que tanto Bernardo como Buenaventura sostuvieron con los que se arrogaban el nombre de filósofos en los mundos que les tocó vivir. Son numerosos los estudios, serios, dedicados a analizar el enfrentamiento de San Bernardo con Pedro Abelardo, sin duda una de las grandes figuras del siglo XII, la importancia del segundo para la historia de la filosofía, incluso el posible menosprecio de la filosofía por parte del primero..., y no menos numerosos son los que han indagado en la obra de San Buenaventura, mostrando su encendida reacción frente a los peligros que suponía, en pleno siglo XIII, el entusiasmo por el aristotelismo, su defensa de la superioridad de la teología frente a la que entonces se autoproclamaba filosofía, su, en definitiva, fidelidad a un modelo, el socrático-agustiniano, que estaba sufriendo un duro embate.

1 *“Instructio doctos redit, affectio sapientes”*, SAN BERNARDO, *Sermón 23 14 sobre el Cantar de los cantares*, en *Obras completas*, V, Madrid, BAC, 1987, 336-337.

2 SAN BUENAVENTURA, *Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos II B) 8*, en *Experiencia y teología del misterio*, Madrid, BAC, 2000, 135.

3 *“Deus caritas est, et nihil est in rebus quod possit reolere creaturam factam ad imaginem Dei, nisi caritas Deus”*, SAN BERNARDO, *Sermón 18 6 sobre el Cantar de los cantares*, en *Obras completas*, V, o. c., 266-267.

4 *“Neque enim vivere dicenda est anima, quae veritatis non habet cognitionem, sed adhuc mortua est in semeteipsa, quemadmodum et ea sine sensu, quae necdum habet dilectionem. Est ergo animae vita veritas, sensus caritas”*, SAN BERNARDO, *Sermón 10 1, Sermones varios, Obras completas*, VI, Madrid, BAC, 1988, 112-113.

Y la importancia de la cuestión justifica sobradamente el número de los estudios. Porque se debatía sobre lo realmente importante, sobre el ser del hombre, sobre su naturaleza y su felicidad, sobre nuestros afanes más profundos y nuestras búsquedas más desesperadas; porque se abordan las cuestiones más profundas, las que no puede eludir la filosofía, entendida como amor a la sabiduría; es decir: cuál es el sentido de la vida, de la nuestra, nuestro destino, qué sea el amor, la verdad, el valor de todo ello y de la sabiduría misma, entendida como plenitud, excelencia.

Por otra parte, al dirigir nuestra mirada a los siglos XII y XIII, y detenerla, muy especialmente, en la labor intelectual, tanto de San Bernardo como de San Buenaventura, salta a la vista que las cuestiones abordadas por estos hombres, con una larga tradición, que va desde San Agustín y Dionisio Areopagita, las dos grandes autoridades del mundo medieval, pasando por San Anselmo o Juan Escoto Eriúgena, que las enriquecieron y depuraron, no quedaron circunscritas a sus respectivos siglos, cobrando especial valor en las obras de filósofos como Pascal o Kierkegaard.

A todos aquellos que ponen en duda el valor de la obra filosófica de estas dos figuras del medievo cabría preguntarles: ¿Acaso tanto Bernardo como Buenaventura renuncian a la sabiduría?, ¿Tal vez es que no la desean, no la aman? Y si la desean, ¿es que la desean poco? Y si no es así, si la desean con todo su corazón ¿Por qué no afirmar que son filósofos? “*Si la sabiduría es el sumo bien, ha de ser amada sumamente; y si es todo bien, ha de ser amada universalmente y sobre todas las cosas*”, decía San Buenaventura⁵. “*Existe un tesoro escondido, desenterrémosle. Es la sabiduría, que está muy escondida. Todos la buscamos y deseamos*”, afirma San Bernardo⁶.

Qué sea el amor y qué la sabiduría son las cuestiones centrales de un debate continuo, de la máxima profundidad, que recorre la historia de la filosofía; y son, así mismo, una preocupación central en la obra de las dos figuras que centran ahora nuestra atención.

Al estudiar el pensamiento tanto de San Bernardo como de San Buenaventura, hemos de tener presente que nos encontramos ante dos hombres profundamente arraigados en la vieja tradición platónica (neoplatónica), fervientes lectores e intérpretes de San Agustín, influidos, inevitablemente, por Dionisio

5 “*Si enim summum bonum est, summe amanda est; si autem omne bonum est, universaliter appetenda est et super omnia*”, SAN BUENAVENTURA, *Collaciones sobre el Hexaémeron*, II 6, en *Obras de San Buenaventura*, III, Madrid, BAC, 1947, 208-209.

6 “*Thesaurus absconditus latet; effodiamus eum. Ipsa est enim sapientia, quae trahitur de oculis. Omnes eam quaerimus, omnes concupiscimus eam*”, SAN BERNARDO, *Sermón 15, 1, Sermones varios*, en *Obras completas*, VI, o. c., 138-139.

Areopagita (tantas veces citado y parafraseado por el pensador franciscano). Están plenamente convencidos de que sólo si alcanzamos aquello que desde el fondo de nuestro ser anhelamos más que nada, podemos realmente realizarnos, plenificarnos. El hombre es ante todo deseo, anhelo, llamado, reclamado, desde sus recónditas entrañas, a amar y conocer; es decir, a ser sabio. Esto no es para ellos una teoría, una mera hipótesis de trabajo; es un hecho, constatable. Como había mostrado la gran tradición platónica, deseamos un bien infinito, eterno, que nos atrae, nos llama. De ahí que vivamos insatisfechos, que nos corroa el sinsentido. Y ésta es una clave de gran importancia. “...*el alma no está contenta con algún bien que ella conquiste y comprenda, porque un bien así no es el sumo bien*”⁷.

El hombre, lo quiera o no, es un ser que ha de decidir sobre sí; y esta decisión implica decidir sobre la Verdad, el Bien, la Justicia, el sentido de su existencia... Las respuestas no están dadas, ha de hallarlas; no puede no responder. Es, en este sentido, un ser des-ubicado, agitado por un deseo que no consigue comprender y que ha de ordenar. Y ese deseo, que nos trastorna, que no nos deja dormir en paz, al que hemos de dar forma, dirigir, puede conducirnos a la patria querida (en términos de Plotino), es decir, puede transformar nuestras vidas en un jubiloso encuentro con nuestro verdadero amor, con lo que siempre hemos anhelado, aún sin saberlo (como describe el Cantar de los cantares), permitiéndonos conocer lo que desde siempre hemos deseado pero no veíamos; o puede aumentar nuestro desasosiego, nuestro temor y sufrimiento:

“Tus manos, –decía San Bernardo– plenamente libres, ocupadas en las más diversas actividades, tan pronto someten toda su destreza al servicio de la vanidad como de la curiosidad o del placer. Y a pesar de todo esto, jamás pudieron satisfacerme absolutamente en nada; ni los ojos se sacian con lo que ven, ni los oídos con lo que oyen. Ni aun cuando todo mi cuerpo, al mirar, se convirtiera en ojos, o al comer, todos mis sentidos se hicieran paladar”⁸.

Nos enseña la tradición platónica que, volcados en lo finito, en lo pasajero, en lo que no perdura, nace y muere, se va...; al dirigir nuestro deseo a las cosas del mundo, que en último término, podemos conquistar y abarcar, poseer, nos

7 “anima non est contenta aliquo bono, quod capiat et comprehendat, quia nihil tale est summum”, SAN BUENAVENTURA, *Cuestiones disputadas de la ciencia de Cristo*, VI, solución de las objeciones 15, Murcia, Publicaciones del Instituto teológico franciscano, 1999, 224-225.

8 “Porro manus ipsas, quibus est undique liber motus, non uni specialiter alicui aliter deputamus, sed modo vanitati, modo curiositati, modo voluptati sedulum satis exhibent famulatum. Quibus ita dispositis, non mihi haec omnia vel in uno satisfacere aliquando potuerunt, quod non satietur oculus visu, nec auris impleator auditu. Atque utinam inter spectandum totum aliquando corpus fieret oculus, aut inter prandendum in fauces membra omnia verterentur.”, SAN BERNARDO, *Sermón a los clérigos sobre la conversión VI 10*, en *Obras completas*, I, Madrid, BAC, 1993, 380-381.

perdemos aún más, dolorosamente insatisfechos, necios, tristes e ignorantes. “¡*Qué miserable es el alma de aquel que con su amor abraza las cosas temporales, aquellas que «conseguirlas cuesta, poseerlas inquieta, perderlas aflige»*”, dice San Buenaventura citando a San Bernardo, y añade, recordando un sermón sobre el Cantar de los cantares del monje cisterciense: “*Mientras el alma more en la carne –intentando realizarse en la posesión, dominio, del mundo–, vive entre espinas [...]. Aunque es como el lirio; lo dice el esposo: «como lirio entre cardos es mi amada entre las mozas. ¡Oh ardiente lirio! ¡Oh tierna y delicada flor!»*”¹⁰

La idea es clara: no somos mundo, y es por eso que el mundo no nos satisface. Y, así las cosas, como decía el propio San Bernardo, los afectos, el deseo, bien ordenados son virtudes, pero desordenados conducen a la confusión.¹¹ Y el problema es que “*este mundo, enraizado en el mal –en la nada–, engaña con promesas vacías a las almas olvidadas de su propia condición y nobleza*”; ya que son mucho más que mero mundo, y su destino no es la nada.¹² Desgraciadamente, “*no es extraño que el alma no sienta estas heridas –el desasosiego, la inquietud, la angustia la congoja–. Se ha olvidado de sí misma. Y ausentándose de su interior, ha salido hacia un país lejano*”¹³.

“*El olvido –de lo que es, de su dignidad, su nobleza y condición–, es la muerte del alma*”¹⁴; de ahí la extraordinaria importancia de volver sobre uno mismo, de mirar en nuestro interior, de obedecer al mandato de conocernos a nosotros mismos. Sin embargo, no es tarea fácil. Ni el cobarde ni el soberbio pueden llegar a conocerse adecuadamente.

“*Nada valora convenientemente quien se ignora a sí mismo, quien no tiene en cuenta las condiciones de su dignidad*”¹⁵, y es que, como decía Plotino “*Quien se conozca a sí mismo también conocerá su origen*”.¹⁶ Sólo sabiendo de nosotros mismos, mirando en el hondón del alma, nos descubrimos como seres extraordinarios, apelados, inquietados, por la Verdad, el Bien, la Belleza,

9 SAN BUENAVENTURA, *Soliloquio: cuatro ejercicios espirituales* I 45, o. c., 126.

10 *Ib.*, 110.

11 SAN BERNARDO, *Sermón* 50 3, *Obras completas*, VI, o. c., 338-341.

12 “*Nec immerito sane mundus hic, positus in maligno, vana promissione deludit animas propriae conditionis et nobilitatis oblitus...*”, *Sermón a los clérigos sobre la conversión* VIII 15, *Obras completas*, Madrid, B.A.C., 1993, 386-387.

13 “*Qui vero mirum, si propriam minime sentiat anima laesionem, quae, sui ipsius oblita et penitus absens sibi, in longinquam profecta est regionem?*”, *ib.*, 372-373.

14 “*Mors animae, oblivio*”, SAN BERNARDO, *Segunda serie de sentencias* 19, en *Obras completas*, VII, Madrid, BAC, 1993, 68-69.

15 SAN BUENAVENTURA, *De la vida perfecta* I 5, en *Experiencia y teología del misterio*, o. c., 231.

16 PLOTINO, *Enéadas* VI 9 7 35, Madrid, Gredos, 1998, 548.

el Amor; por lo inabarcable, infinito; por lo que no es meramente mundo, por lo que ya el platonismo consideraba Dios mismo; que nos habita y nos excita. “*Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*”, decía San Agustín.¹⁷ Y añadía más adelante en las mismas confesiones: “*¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba*”¹⁸, “*Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío*”¹⁹.

Se trata de lo largamente defendido por la fecundísima tradición platónica. En la VI Enéada decía Plotino:

“No está, dice Platón, fuera de nadie, antes está con todos sin saberlo ellos. Y es que son ellos quienes huyen fuera de él, o mejor, fuera de sí mismos. No pueden, pues, dar alcance a aquel de quien han huido, ni pueden, tras de perderse a sí mismos, buscar a otro. Tampoco un hijo enajenado y fuera de sí conocerá a su padre”²⁰.

San Bernardo, desarrollando esta idea, en una lúcida descripción de la condición humana, añadirá: “*El hijo que huye de su padre –Dios, la Verdad, el Bien mismo– se hace siervo de otro –el mundo–*”²¹.

En el capítulo primero de su obra titulada *Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos*, San Buenaventura se expresa con gran elocuencia:

“Alma, sigue el consejo del bienaventurado Bernardo al Papa Eugenio: «comienza tu consideración por ti mismo, no sea que te ocupes de otras cosas y te olvides de ti». El mismo autor en sus Meditaciones escribe: «hay muchos que saben muchas cosas, pero no se conocen a sí mismos; buscan a Dios fuera –en las cosas– y abandonan su propia interioridad donde Dios se encuentra más íntimamente. Vuelva yo, pues, a las realidades interiores, y ascienda de las inferiores a aquellas superiores, para conocer de dónde vengo y a dónde voy, dónde me encuentro y quién soy, de modo que a través del conocimiento propio me eleve al conocimiento de Dios»”²².

17 “Quia fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te”, SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* I 1 1, en *Obras completas*, II, Madrid, BAC, 1998, 73.

18 “Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi! Et ecce intus eras et ego foris, et ibi te quaerebam”. SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* X 27 38, en *Obras completas*, II, o. c., 424.

19 “Tu autem eras interior intimo meo et superior summo meo”, SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, III, 6 11 o. c., 142.

20 Plotino, *Enéadas* VI 9 7 30-35, o. c., 547-548.

21 “fugitivum patris filium alter sibi usurpet in servum”, SAN BERNARDO, *Sermón* 8 3, *Sermones varios*, o. c., 98-99.

22 SAN BUENAVENTURA, *Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos* 1 2, en o. c., 97-98.

Junto a este reconocimiento de nuestra extraordinaria condición y dignidad, de que estamos habitados por la divinidad, de que, lo queramos o no, es la Verdad, el Bien, la Justicia, lo que nos incumbe de modo esencial, hemos de ser capaces de reconocer que estamos perdidos, lejos de nuestro hogar, que, en gran medida, hemos sido y somos infieles; que hemos faltado a la lealtad, y, lo más difícil aunque capital, que no podemos encontrar lo que buscamos, sino dejar que nos encuentre. Sólo la humildad capacita para alcanzar lo que no podemos alcanzar, conquistar, abarcar por nosotros mismos.

La humildad no es un logro, es una gracia, y hemos de ejercitarla de tal modo que, lejos de desesperarnos, nos transformemos en franca disponibilidad, apertura, escucha. “*Abrid el oído de vuestro corazón y escuchad atentos a Dios, que habla en la intimidad*”, decía San Bernardo²³.

La cuestión es la siguiente: Si en verdad somos nosotros los garantes de nuestra felicidad y nuestra plenitud, si en verdad está en nuestras manos alcanzar y dominar lo que deseamos en lo más profundo, entonces hemos de reconocer o que somos infinitos y eternos, como aquello que ansiamos y deseamos, o, si somos finitos, que no es lo infinito lo que nos sacia (como bien se esforzó Epicuro en demostrar); es decir, que nos basta con el mundo y su dominio. Ahora bien, si reconocemos nuestra finitud y a la vez afirmamos que nada finito puede saciarnos, que, en términos de Agustín, Dios “*nos da la sed de la bebida que nos sacia*”²⁴, sólo quien se hace vulnerable, y se entrega sin reservas a lo que no puede ni abarcar ni controlar, está en disposición de iniciar una aventura sin igual, recorriendo un camino no pisado pero dispuesto para él. Pero entregarse de tal forma supone una conversión del corazón; conversión radical que se manifiesta en lo que conocemos como Fe, Esperanza y Caridad.

En efecto, sólo la fe, es decir, una desmedida confianza, en lo que me trasciende por completo, en lo que no soy yo y nunca podré reducir a mi poder, me abre, me pone en disposición de ver y oír. La confianza en lo inaudito, en un Dios que es Amor, entrega sin reservas, se presenta como mi apertura y mi camino.

Tanto para San Bernardo como para San Buenaventura, profundos conocedores de San Agustín, tan solo es la fe en un Dios que es Amor, que se hace hombre y entrega su vida por nosotros, la que nos permite sabernos amados, es decir, llamados, invitados de forma personal por un Dios enamorado; es esta confianza desmedida la que nos hace humildes y enamorados amantes, auténti-

23 “Ad hanc ergo interiorem vocem aures cordis erigi admonemus, ut loquentem Deum intus audire...”, SAN BERNARDO, *A los clérigos sobre la conversión* I 2, o. c., 366-367.

24 “Deus, per quem sitimus potum, quoi hausto nunquam sitiamus”, *San Agustín de Hipona, Soliloquios* I 1 3, o. c., 438.

cos filósofos, que sufrimos por no amar tanto como somos amados, pero regocijándonos. Es también esta fe la que nos hace hombres esperanzados, es decir, hombres en camino que, confiados y entregados, con radicales disponibilidad y paciencia, mantenemos abierta la posibilidad de que sea lo que nunca podremos hacer que sea: el acontecer de lo absolutamente deseado y novedoso.

Es extraordinario el modo en que se expresan a este respecto en textos de profunda belleza: Dice San Bernardo:

“Busque por las noches en mi lecho al amor de mi alma. El alma busca al Verbo, pero antes le busco a ella el Verbo. De otro modo, una vez que ha huido de la presencia del Verbo o la ha arrojado, no podría volver sus ojos hacia el bien si el Verbo no la llamara de nuevo. Nuestra alma no es más que un aliento fugaz que no torna, si queda abandonada a sí misma. [...] Pero yo no diría que esa alma está arrojada y abandonada del todo, pues desea volver y desea que la llame. ¿De dónde le viene esa voluntad? Si no me engaño del Verbo, que ya le ha visitado y buscado. No es inútil esa búsqueda que ha despertado a la voluntad, y sin la cual es imposible volver. Pero no basta que el Señor la busque una vez. ¡Es tan extrema la debilidad del alma y la dificultad de volver! ¿Y si ella quiere volver? Sí, la voluntad existe, pero no tiene fuerzas suficientes. Y dice: porque el poder lo tengo a mano, mas no el poner por obra lo bueno. ¿Qué busca por tanto, ese que hemos citado en el salmo? Únicamente ser buscado; y eso mismo no lo buscaría si no fuese suficientemente buscado”²⁵.

Si el alma no se siente amada por Dios, se siente una pasión inútil, abocada a la muerte, a la nada, más muerta, por tanto, que viva; pero, como insiste en mostrar San Buenaventura, cuando se sabe amada, su pasión la conduce a un incontrolable renacer a la vida:

“El alma que cree, espera y ama a Jesucristo, Verbo encarnado, increado e inspirado, o sea, camino, verdad y vida [...] recobra la vista y el oído espirituales: el oído para percibir las palabras de Cristo y la vista para contemplar los rayos de su luz. Suspirando, después, en la esperanza de recibir la palabra inspirada, recobra, a través del deseo y el afecto, el sentido espiritual del olfato. Y mientras acoge en amor la palabra encarnada, recibiendo de ella placer y acercándose a

25 “In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea. Quaerit anima Verbum, sed quae a Verbo prius quaesita sit. Alioquin semel a facie Verbi egressa, vel eiecta, non revertetur oculus eius ut videat bona, si non requiratur a Verbo. Quasi vero aliud anima nostra sit, quam spiritus vadens et non rediens, si sibi fuerit derelicta. [...] Quamquam non omnino illam animam expositam dixerim vel relictam, quae reverti cupit et requiri petit. Unde enim voluntas haec illi? Inde, ni fallor, quod a Verbo visitata iam sit et quaesita; nec otiosa quaesitio, quae operata est voluntatem, sine qua reditus esse non poterat. Sed non sufficit semel quaeri: tantus est animae languor tantaque in reditu difficultas. Quid enim si vult? Iacet voluntas, ubi facultas non suppetit. Nam velle adiacet mihi, inquit, perficere autem bonum non invenio. Quid ergo ille, quem de Psalmo induximus, quaerit? Non plane aliud quam quaeri: quod non quaereret, nisi quaesitus fuisset; et rursus non quaereret, si quaesitus satis fuisset”.

SAN BERNARDO, *Sermón 84 5 sobre el Cantar de los cantares*, o. c., 1036-1039.

ella a través del amor estático, recobra el gusto y el tacto. Gracias a la recuperación de estos sentidos, ella ahora ve y escucha a su Esposo, lo huele, lo gusta y lo abraza, y puede así cantar como la esposa del Cantar...²⁶.

La clave está en que quien responde es excedido por aquello a lo que responde, y responde reconociendo, humildemente, en las entrañas de su memoria, la imposibilidad de corresponder a tan inmenso amor; agradeciendo, amando. “*En adelante –dice el pensador benedictino– evitaré lo más posible la dureza del corazón; aceptaré con lágrimas mi dolor –el de sentirme desubicado, el de saber que no amo como soy amado–, no sea que, al hacerse insensible mi herida, se haga incurable*”²⁷. Y es que, como dice J. L. Chretien:

“la vida eterna [...] comienza aquí, en una herida de amor propiamente incurable que no podríamos infligirnos a nosotros mismos y que inscribe para siempre en nuestro corazón aquello por lo que Dios es más grande que éste. [...] ¿Acaso la esperanza de un amor inamisible haría huella en nosotros y le daríamos crédito si ese amor fuera de un orden completamente distinto del que, por la gracia de Dios, ya nos hiere aquí?”²⁸.

“*Vulneraste mi corazón, hermana mía, esposa mía; has herido mi corazón*” (Ct 4,8), dice un texto del Cantar de los cantares citado con reverencia por ambos pensadores. Y es aquí donde radica, para ellos, lo sobrecogedor del mensaje cristiano; “*la profundidad del Dios humano, o sea, su humildad, es tan grande que la razón desiste*”, dirá San Buenaventura²⁹. Si el corazón de Dios no hubiese sido vulnerable en sí mismo, ¿Cómo habría podido herirle el amor de la esposa? ¿Cómo podríamos importarle? La salida de Dios al riesgo y a la nada de la creación revelan la vulnerabilidad de su corazón, y en la extrema humildad de esta vulnerabilidad se manifiestan su condescendencia y su esen-

26 “Anima igitur credens, sperans et amans Iesum Christum, qui est Verbum incarnatum, increatum et inspiratum, scilicet via, veritas et vita [...] recuperat spiritualem auditum et visum, auditum ad suscipiendum Christi sermones, visum ad considerandum illius lucis splendores. Dum autem spe suspirat ad suscipiendum Verbum inspiratum, per desiderium et affectum recuperat spiritualem olfactum. Dum caritate complectitur Verbum incarnatum, ut suscipiens ab ipso delectationem et ut transiens in illud per exstaticum amorem, recuperat gustum et tactum. Quibus sensibus recuperatis, dum sponsum suum videt et audit, adoratur, gustat et amplexatur, decantare potest tanquam sponsa Canticum canticorum...”. SAN BUENAVENTURA, *Itinerario de la mente hacia Dios* IV 3, en *Experiencia y teología del misterio*, o. c., 38.

27 “Proinde cavebo deinceps, quam sollicito potero, duritiam cordis; sentiam et plangam dolorem meum, ne, si forte insensibile fuerit, sit etiam insanabile vulnus meum”, SAN BERNARDO, *Sermón* 20 5, *Sermones varios*, o. c., 178-179.

28 J. L. CHRÉTIEU, *La mirada del amor*, Salamanca, Sígueme, 2005, 188.

29 “Profunditas Dei humanati, scilicet humilitas, tanta est, quod ratio déficit”, San Buenaventura, *Colaciones sobre el Hexaémeron* VIII 5, en *Obras completas*..., pp. 336-7.

cial disponibilidad, su amor, cuya máxima expresión es la pasión y la muerte en la Cruz³⁰.

Esta es la extraordinaria Nueva Noticia, una noticia que no lo es para el que no se conmueve con ella, para el que no se entenece en su corazón, que no se inflama, que no llora, que no salta y brinca. “*Porque el conocimiento de que Cristo murió por nosotros y otros conocimientos afines mueven al amor de forma totalmente distinta a como lo hace una proposición de geometría*”³¹, salvo que tu corazón sea de piedra, esté cerrado, vuelto sobre sí. Y esto es lo que se esfuerza en comunicar San Bernardo, quien afirma: “*La hermosura del Esposo no es sino su amor.[...] El alma (esposa) ama más cuanto más vencida se siente por el amor; se admira más cuanto más se ha anticipado ese amor*”³².

Es crucial comprender que nos define nuestro amor, no nuestra erudición, nuestra posición, nuestro poder o nuestra apariencia exterior. “*El amor es mi peso, el me lleva donde quiera que voy*”, decía San Agustín³³, “*Pienso alma mía que estás más verdaderamente «donde amas que donde animas», porque «eres transformada por la misma fuerza del amor y te asemejas a cualquier cosa que amas»*”³⁴. Quien se ama a sí mismo por encima de todo, el que busca satisfacer sus deseos en sí mismo, en el placer, en el poder, en la vanidad,..., el que lucha por suturar su vulnerabilidad, por no sufrir a costa de hacerse intocable, inalcanzable, hinchado por la soberbia, no ama, porque el amor es humilde entrega. Y el que no ama, en verdad, no vive, es una pasión inútil:

“Si vieras a un hombre famélico con la boca abierta y los carrillos hinchados, tragando aire para saciar el hambre, ¿no lo tendrías por loco? Mayor locura es creer que el espíritu humano pueda saciarse con bienes materiales. Lo único que hace es hincharse. [...] Bendice alma mía al Señor. Él sacia de bienes tus anhelos. [...] El hace que desees, y él es lo que desees”³⁵.

30 H. U. VON BALTHASAR, *Gloria, una estética teológica; 2 Estilos eclesiásticos*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1986, 337.

31 SAN BUENAVENTURA, *Comentario a las sentencias de Pedro Lombardo*, Proemio, cuestión 3, citado en H. U. VON BALTHASAR, *Gloria, o. c.*, 257.

32 “Et idcirco plus diligit, quod se sensit in diligendo victam; et ideo plus miratur, quod praeventam agnoscit”, SAN BERNARDO, *Sermón 45 8, Sermones varios*, o. c., 604-605.

33 “Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror”, SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones XIII 9 10*, o. c., 561.

34 SAN BUENAVENTURA, *Soliloquio: cuatro ejercicios meditativos II B*) 12, o. c., 139.

35 “Denique si famelicum hominem apertis faucibus vento, inflatis haurire bucis aerem cernas, quo quasi consulat fami, nonne credas insanire? Sic non minoris insaniae est, si spiritum rationalem rebus putes quibuscumque corporalibus non magis inflari quam satiari. [...] benedic, anima mea, Domino, qui replet in bonis desiderium tuum. [...] Ipse facit ut desideres, ipse quod desideras.”, SAN BERNARDO, *Libro sobre el amor de Dios VII 21*, o. c., 330-331.

Con todo, aun comprendiendo todo lo dicho, reconozcámoslo, amar realmente es difícil; y lo es porque exige la humilde conversión del corazón y un desprendimiento radical. “*El amor verdadero [...] no es interesado. Es un afecto del corazón, no un contrato. No es fruto de un pacto, ni busca nada análogo*”³⁶. Y así, por todo esto, y porque Dios es Amor y nos amó primero, “*la medida del amor a Dios –que es la medida del amor a la Verdad, al Bien, al otro– es amarle sin medida*”³⁷.

Lo que se empeñan en mostrar el monje cisterciense y el hermano franciscano es que la fe, la esperanza y la caridad nos transforman, nos abren a una realidad nueva, poniéndonos en camino hacia la verdad y la felicidad. “*Sola la caridad sana el afecto –deseo–*”³⁸, dice san Buenaventura. Es decir, es el amor de Dios, acogido con sorpresa y agradecimiento, el que nos sana, el que redirige nuestro anhelo, nuestro deseo, y nos pone en disposición de ver, oír, oler, gustar y sentir, es decir, conocer con la más intensa intimidad, lo que desde siempre hemos buscado: la verdad, la belleza, la felicidad, la sabiduría, el amor. De ahí que el *Cantar de los cantares* se convierta, como ya lo fue desde antiguo, en una obra sobrecogedora, exquisita, magnífica, objeto de veneración, meditación y comentario. Porque en ella se nos habla del amor con ardor y delicadeza, con pasión y hondura; porque en ella el amor se presenta con radiante belleza.

“Dichoso aquel cuya alma puede responder así: «No temo, porque amo; y no haría esto si no fuera amada de veras. Por eso soy también amada» –escribe Bernardo–. La amada nada puede temer. Tiemblen los que no aman y sospechen continuas venganzas. Yo, en cambio, amo y no puedo dudar que me ama, y tampoco de mi amor. Ni puedo temer su rostro, porque he experimentado su amor. ¿En qué? No sólo en que me buscó siendo yo tan miserable, sino en que se enamoró de mí, por eso tengo la certeza de que me busca. [...] Persuadirse de esto es ser buscado por el Verbo. Convencerse es ser encontrado”³⁹.

36 “Vacua namque vera caritas esse non potest, nec tamen mercenaria est: quippe non quaerit quae sua sunt. Affectus est, non contractus: nec acquiritur pacto, nec acquiritur.”, SAN BERNARDO, *Libro sobre el amor de Dios* VII 21, o. c., 324-325.

37 “Hic primum vide, quo modo, immo quam sine modo a nobis Deus amari meruerit, qui, ut paucis quod dictum est repetam, prior ipse dilexit nos, tantus, et tantum, et gratis tantillos, et tales, et quod in principio dixisse se memini, modum esse diligendi Deum, sine modo diligere”, SAN BERNARDO, *Libro sobre el amor de Dios* VII 21, o. c., 322-323.

38 “Notandum autem, quod sola caritas sanat affectum”, SAN BUENAVENTURA, *Collationes sobre el Hexaémeron* VII 14, 328-329.

39 “Felix, qui ad haec animam suam respondentem audierit: non timeo, quia amo, quod non amata omnino non facerem. Itaque etiam amor. Nihil dilectae timendum. Paveant quae non amant. Quindi assidue inimicitiae suspicentur? Ego vero amans, amari me dubitare non possum, non plus quam amare. Nec possum vereri vultum, cuius sensi affectum. In quo? In eo quod talem non modo quaesivit, sed et affecit, fecitque certam perinde de quaesito. [...] Fratres, hoc suaderi, a Verbo quaeri est; persuaderi, inveniri est”, SAN BERNARDO, *Sermón sobre el Cantar de los cantares* 84 6-7, o. c., 1040-1041.

En el Cantar ven ambos pensadores que se describe con inigualable delicadeza y profundidad nuestra condición y nuestra vocación; pero también se nos impele a mirar en nuestro interior y preguntarnos quién es realmente el amor de nuestra alma, es decir, quiénes somos nosotros y quién es él. El Verbo nos invita a reconocernos amados, aunque ingratos, y a orientar nuestro deseo; es decir, a enamorarnos. Porque el que no cree no entiende nada, pues todo carece de sentido, el que no espera se pierde, sin meta y sin camino, y el que no ama se anonada, henchido de soberbia y necesidad. No es extraño, por tanto, que afirme San Buenaventura que:

“aquel que no resulte iluminado por los esplendores innumerables de las criaturas, está ciego; el que no se despierta con tantas voces, está sordo; el que con tantas maravillas no alaba a Dios, está mudo; el que con tantos signos no advierte el primer principio, es necio. Abre, pues, los ojos, acerca las orejas del espíritu, despega tus labios, excita tu corazón, para que veas, escuches, alabes, ames y veneres, exaltes y honres a Dios en todas las criaturas”⁴⁰.

Aquí, en la vida, en nuestra vida, lo que importa es amar, “*Ama y haz lo que quieras*”⁴¹ decía San Agustín. Siglos después añadirá San Bernardo: “*¡Oh amor casto y santo!, ¡Oh dulce y suave afecto!, ¡Oh pura y limpia intención de la voluntad! Tanto más limpia y pura cuanto menos mezclada está de lo suyo propio; y tanto más suave y dulce cuanto más divino es lo que siente. Amar así es estar ya divinizado*”⁴². Por su parte, San Buenaventura, en su opúsculo titulado, muy expresivamente, *Incendio de amor*; escribía:

“¿qué podría alterar ya al alma que no se inquieta por ningún deseo, ni se agita por ningún temor? [...] Y así dice el Cantar: el interior del trono ha sido tapizado con amor (Cant. 3 10), porque es realmente imposible acceder a esta tranquilidad si no es por el amor. Pero, una vez obtenido éste, le es fácil al hombre hacer lo que la perfección encierra, sea actuando o padeciendo, sea viviendo o murien-

40 “Qui igitur tantis rerum creaturarum splendoribus non illustratur caecus est; qui tantis clamoribus non evigilat surdus est; qui ex omnibus his effectibus Deum non laudat mutus est; qui ex tantis indiciis primum principium non advertit stultus est.- Aperi igitur oculos, aures, spirituales admovere, labia tua solve et cor tuum appone, diligas et colas, magnifices et honores”, SAN BUENAVENTURA, *Itinerario de la mente hacia Dios* I 15, o. c., 17.

41 SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Comentario a la primera carta de San Juan*, VII 3 8, Salamanca, Sígueme, 2002, 135.

42 “O amor sanctus et castus! O dulcis et suavis affectio! O pura et defaecata intentio voluntatis, eo certe defaecatior et purior, quo in ea de proprio nil iam admixtum reliquitur, eo suavior et dulcior, quo totum divinum est quod sentitur! Sic affici, deificari est”, SAN BERNARDO, *Libro sobre el amor a Dios* X 28, o. c., 340-341.

do. Pongamos, por tanto, nuestro empeño en progresar en el amor, pues en su ejercicio alcanzamos la perfección de todos los bienes”⁴³.

Cómo no leer con entusiasmo el Cantar, cómo no cantar las grandezas del amor, cómo no estremecerse y apasionarse. “*Aquí habla siempre el amor, y el que desee enterarse de su lectura, que ame. De lo contrario, el que no ama, se dispondrá en vano a escuchar o leer este poema de amor. Un corazón frívolo no puede en modo alguno percibir estas ardientes palabras*”⁴⁴, las del Verbo, las del Esposo, Dios Amor que nos ama; hasta la muerte.

La cuestión es ésta: ¿Cómo no amar al que nos ama infinitamente?; aunque bien pensado, ¿Cómo amar al que nos ama más allá de toda medida? ¿*Habéis visto al amor de mi alma?*, pregunta la esposa de *El Cantar*, y afirma Bernardo: “*Todo su pensamiento y todas sus palabras se refieren a ti (Cristo, Verbo), exhalan tu perfume, y nada más. Hasta ese extremo te pertenece y te apropiaste de su corazón y de su lengua*”⁴⁵. Éste es el modelo, un amor, en palabras del maestro franciscano “*secuestrativo, soporativo, sobre-elevativo. Porque secuestra de todo afecto por el afecto único del esposo; adormece y aquietta todas las potencias e impone silencio; levanta a lo alto porque lleva a Dios*”⁴⁶.

Esta es la firme convicción de los dos pensadores medievales, la vivencia profunda de que estamos llamados a plenificarnos en el amor, pues, “*quien está henchido de amor ¿de qué otra cosa está henchido sino de Dios?* –decía Agustín; si bien recordaba– *Quien no ama a su hermano no está en caridad, y quien no está en caridad no está en Dios, porque Dios es Amor*”⁴⁷. La seguridad de que sin fe, esperanza y caridad ni vemos, ni oímos, ni somos capaces de encontrar lo que buscamos, es lo que les hace defender con plena convicción que la sabiduría, meta aspirada por todos, no puede alcanzarse a través del mero raciocinio; gracias a la ciencia sobre el mundo. ¿Es razonable sorprenderse por el hecho de que San Bernardo afirme: “*ésta es mi filosofía más sutil y*

43 SAN BUENAVENTURA, *Incendio de amor o la triple vía* II D) 11, en *Experiencia y teología del misterio*, o. c., 76.

44 “*Amor ubique loquitur; et si quis horum quae leguntur cupit notitiam adipisci, amet. Alioquin frustra ad audiendum legendumve amoris Carmen, qui non amat, accedit: quoniam omnino non potest capere ignitum eloquium frigidum pectus*”, SAN BERNARDO, *Sermón sobre el Cantar de los cantares* 79 I 1, o. c., 982-983.

45 “*Num quem diligit anima mea vidistis? [...] En omne quod cogita ista, et quod loquitur, te sonat, te redolet, et aliud nihil: ita tibi ipsius et cor vindicasti et liguam*”, *ib.*, 980-981.

46 “*Iste autem amor est sequestrativus, soporativus, sursumactivus*”, SAN BUENAVENTURA, *Colaciones sobre el Hexaémeron* II 31, o. c., 224-225.

47 “*et quo, nisi Deo plenus est, qui plenus est dilectione? [...] Qui enim non diligit fratrem, non est in dilectione: et qui non est in dilectione, non est in Deo, quia Deus dilectio est*”, SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *La Trinidad* VIII 8 12, en *Obras completas*, V, o. c., 449 y 451.

más profunda: conocer a Jesús, y a Éste crucificado”⁴⁸. Como hemos visto, es una afirmación profundamente coherente y plena de sentido. Porque conocer a Jesucristo, el Verbo encarnado, camino, verdad y vida, es conocer el Amor; y amar es revivir, porque un corazón que no ama no vive, pero donde hay amor hay vida; y es saber, por fin, porque, como él mismo afirma, “*la vida del alma es la Verdad*”⁴⁹. Por eso leemos a San Buenaventura citando al de Claraval: “*Nadie debe ser tenido por sabio, más que aquel a quien instruye la unción del Espíritu Santo*”⁵⁰.

La culminación del deseo humano es el amor, y la vivencia más intensa y profunda del amor es la unión con el amado; conocimiento íntimo, intenso, pleno. Ningún otro conocimiento es, en verdad, tal; ningún otro saber sacia, ninguna otra experiencia o ciencia merece ser llamada Sabiduría. Hablo de lo que San Buenaventura llamó, remontándose a Dionisio, la Sabiduría nuli-forme, es decir, sin forma, sin medida; término, culminación, de la sabiduría cristiana⁵¹. Que es, de acuerdo con su descripción, la suprema unión por amor:

“Sola la afectiva vela e impone silencio a todas las demás potencias; y entonces el hombre es enajenado de los sentidos y puesto en éxtasis y oye palabras inefables que no es posible a un hombre el proferirlas, porque sólo están en el afecto. [...] Y porque a esta sabiduría no se llega sino por la gracia, el autor sabio atribuye al Santo Espíritu y al mismo Verbo la revelación de cuantas cosas hay ocultas y nunca vistas”⁵².

“*El sabor se percibe en el paladar; en el corazón y la sabiduría*” escribió San Bernardo de Claraval⁵³, sintetizando de modo asombroso gran parte de lo expuesto; sin embargo es con un texto, admirable, que el maestro franciscano nos regala tras una larga cita de Dionisio areopagita, con el que quiero terminar mi estudio, porque expresa del mejor modo conocido por mí, lo que aquí he venido defendiendo:

48 “Haec mea subtilior, interior philosophia, scire Iesum, et hunc crucifixum”, SAN BERNARDO, *Sermón sobre el Cantar de los cantares* 43 III 4, o. c., 584-585.

49 “Est ergo animae vita veritas”, SAN BERNARDO, *Sermones varios* X 1, o. c., 112-113.

50 SAN BUENAVENTURA, *De la vida perfecta*, Prólogo 1, en *Experiencia y teología del misterio*, o. c., 227.

51 SAN BUENAVENTURA, *Colaciones sobre el hexaémeron* II 28 y 29, o. c., 222-223.

52 “Sola affectiva vigilat et silentium omnibus aliis potentiis imponit; et tunc homo alienatus est a sensibus et in ecstasi positus et audit arcana verba, quae non licet homini loqui, quia tantum sunt in affectu. [...] et quia ad istam sapientiam non pervenitur nisi per gratiam, ideo auctor sapiens quaecumque sunt absconsa et improvisa sancto Spiritui et ipsi Verbo attribuit revelanda”, SAN BUENAVENTURA, *Colaciones sobre el hexaémeron* II 30, o. c., 224-225.

53 “Sapor in palato, in corde est sapientia”, SAN BERNARDO, *Sermón sobre el Cantar de los cantares* 28 8, o. c., 414-415.

“Ahora, si deseas saber cómo acontece esto, pregunta a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al entendimiento; al gemido de la oración, no a la instrucción del estudio; al Esposo, no al Maestro; a Dios, no al hombre; a la tiniebla, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que todo lo inflama y transporta en Dios con sus excesivas unctones y ardentísimos afectos. Tal fuego es Dios...”⁵⁴.

54 “Si autem quaeras, quomodo haec fiant, interroga gratiam, non doctrinam; desiderium, non intellectum; gemitum orationis, non studium lectionis; sponsum, non magistrum; Deum, non hominem; caliginem non claritatem; non luvem, sed ignem totaliter inflammantem et in Deum excessivis unctionibus et ardentissimis affectionibus transferentem. Qui quidem ignis Deus est”, SAN BUENAVENTURA, *Itinerario de la mente hacia Dios* VII 6, o. c., 57-58.